

EL SACRIFICIO

DE COLOSIO

Carlos Gómez Carro*

Su voz seca, consecuencia del reiterado hábito por el cigarro, se escuchaba apenas en la penumbra del salón de clases. Cortes intermitentes de la corriente eléctrica eran habituales en esos días, allá por febrero del noventa y seis, al tiempo que el ulular de las sirenas se dejaba oír intermitente en las cercanías y de lo que nunca se daba alguna explicación, de manera que lo mejor era permanecer sentados en la oscuridad. La tenue luz del crepúsculo se manchaba periódicamente con las bocanadas del humo de su cigarro. Se sabe que los fumadores, sentenciaba el profesor Damián Valderrama, habituados a consumir una cajetilla diaria de cigarros, tenemos, en promedio, diez años de vida menos que los no fumadores, de manera que procuro apurarme dos todos los días. Faulkner, continuaba en su casi monólogo, hacía decir a uno de sus personajes que era una manera secreta, sin alardes, de optar por el suicidio, sin involucrar a nadie más, porque el suicida, por lo común, intenta culpar a otro de su propia inmolación. Además, si de eso se tratara, es facilísimo dejar de fumar, callaba un momento y uno suponía que dejaba asomar en la penumbra su sonrisa sarcástica, al tiempo que Beatriz, sentada en la segunda fila de un salón amplio y poco concurrido le inquiría con su voz ansiosa, un poco soterrada, de quién nos hablaba ahora, recortada su figura en una sombra por la luz que se fugaba. De Mark Twain, claro, decía, como si el advertirlo fuera algo natural, aficionado a los tabacos rubios de la ribera del Mississippi; afirmaba que

* Departamento de Humanidades, UAM-Azcapotzalco.

dejar de fumar era muy simple, que él lo había conseguido miles de veces, y yo también, por supuesto, lo he comprobado otras tantas.

No era extraño que el profesor se dispersara en asociaciones, en apariencia aisladas, en el curso de Ética que impartía dos veces por semana en la universidad; en él podía surgir cualquier tema, aunque de una manera laberíntica –el laberinto era su tema recurrente– terminaba por aludir a los asuntos que en ese espacio nos reunía. No se crea que esto se debe, seguía con su argumento, a un desdén por la vida; sucede que la conciencia acerca de nuestra fragilidad es lo que nos permite evadir por un tiempo el destino. Es sintomático que Roland Barthes en uno de sus últimos textos llamara la atención de que en realidad, y en contra de lo que comúnmente se piensa, casi todo el tiempo nos creemos inmortales, de modo que esa sensación es la que produce muchas veces los accidentes y quien los sufre, en el momento en el que ocurren, los considera inverosímiles; a él mismo poco después le sobrevino un desastre, se accidentó y murió de una manera casi absurda. Mi amigo Tomás Segovia alega que no sólo nos sentimos inmortales, sino que lo somos, pues la muerte no es un atributo de la vida, de manera que somos inmortales a pesar de las evidencias.

Déjenme desvariar un poco acerca de la muerte y la inmortalidad, junto con el sacrificio. Era de esperarse escuchar de nueva cuenta una de esas largas digresiones a las que nos tenía habituados Valderrama. Seguía: entre los mexicanos, la muerte adquiriría sentido, y esto se comprende mejor en la penumbra, por medio del ritual del sacrificio. El sacrificio permitía trascender la fugacidad humana y adentrarse en la inmortalidad divina. Sacrificarse para ser parte de Dios. ‘Nosotros éramos Huitzilopochtli’, afirmaba un informante azteca a Bernardino de Sahagún, que era tanto como enunciar la paradoja: nosotros fuimos inmortales. Un pueblo divino, por lo tanto, preparado y dispuesto siempre para el sacrificio, el propio y el ajeno. La guerra de la Conquista,

desde su perspectiva, fue su modo de abrir, como nunca antes, el cielo; la plenitud solar alimentada con su sangre y sus corazones, y la sangre y corazones de sus enemigos fundidos en un solo fin. En la tradición griega, de la cual nos hemos inventado herederos, tanto como de la mesoamericana, el tema se debatía a partir de la dicotomía de cuerpo y alma. A través de la metempsicosis procedía la depuración del alma, del alma del guerrero, pues la suya es la experiencia más elevada de la existencia misma, y por ello, dentro del mecanismo órfico, su conversión paulatina en Espíritu. Jesús procede conscientemente bajo el esquema órfico: convierte su alma en Espíritu, el Espíritu que a su vez en Él había encarnado. En eso consiste su divinidad. Huitzilopochtli y Orfeo no se encuentran tal vez tan separados. Valderrama parecía perderse entre las ramas y olvidarse del tronco, predisposición que compartía, creo, con lo mejor de aquéllos que como él, niño aún, llegaron a México con el exilio español en los años alucinantes del general Cárdenas, y aun después. En los cursos que impartía era el tanteo de las ideas lo predominante, un tanteo casi físico; ideas esclarecidas poco a poco, hasta llegar a la médula, lo que hacía como nadie más, y como método, lo llevaba hasta sus extremos. Rodear el cuerpo, antes de penetrarlo, recomendaba, lo que hacía sonrojar especialmente a Beatriz.

Era, para empezar, el único curso que Orestes se tomaba más o menos en serio. En las clases, solía refugiarse con su carrujo de mota en el fondo del salón y se destapaba a veces con su risa hilarante, sin motivación alguna. El olor de la marihuana llegaba a confundirse con el del cigarro del profesor Valderrama y entonces transformaba la penumbra dramática de la tarde-noche en el auténtico “verde de los loros”.

Todos sabíamos que Orestes estaba enamorado de Beatriz, la cual sentía un variable escalofrío cada vez que lo veía de frente. No tanto por la deliberada apariencia siniestra de nuestro amigo y su figura erguida e insolente, con su mata

larga y enmarañada, y el incendio contenido de sus emociones. Orestes destilaba pasiones intensas e incomprensibles, un romántico de a de veras, extraviado en los finales del siglo xx. No obstante, lo más que llegaba a hacer en presencia de ella era extenderle algún libro para que Beatriz lo revisara, digamos *Las flores del mal* o *Aurelia*, agregaba algún lacónico comentario, 'toma, para que aprendas', y se alejaba. Y ella los leía y aprendía, aunque Orestes nunca lo supo. No había más. Estaba convencido de que Beatriz era Beatriz, más que la de Dante, la de *El Aleph* de Borges, aunque en ambos sea básicamente la misma; quiero decir, el arquetipo: Beatriz, Elena y el Verbo, Beatriz Elena Viterbo. Lo que los demás veíamos era a Beatriz González: esbelta, lo que la hacía ver más alta de lo que era, ojos grandes y desdén, sonrisa fácil y bonitas piernas, desgarrada, a pesar de su predilección por la ropa audaz y elegante, la que contrastaba con nuestras fachas. Una vez Valderrama contempló curioso la mirada de Orestes sobre Beatriz y le dijo: el amor hace bellas a las personas, ¿verdad? Orestes respiró profundo y le contestó algo así como: sí, Musil se encargó de difundir esa mentalidad del hombre sin atributos, el único que hay, pero tal vez nos permite verlas como en verdad son.

Puede ser, replicó el maestro, satisfecho de haberle sacado a su platero algún comentario, ya Hume y Hutcheson se referían si no al amor, sí a la belleza como algo que pertenece al observador y no a lo observado; la belleza, como el amor, existen en principio en quien contempla, una percepción reconfortante que se termina, en el caso de la pasión amorosa, cuando la vemos coqueteando con alguien que no es uno.

Bueno, concluyó Orestes, en una de las raras veces que concluía algo, digamos que el amor nos hace ver lo que no existe y luego nos enceguece, de ahí los crímenes del amor.

Vaya, tosió Valderrama, sólo te falta una hermana que se llame Electra.

Se acercaba el segundo aniversario del deceso de Colosio, el malogrado aspirante a la presidencia de México del que

fuera el partido de Estado, con la economía del país hecha trizas. Tal vez por eso a Beatriz se le ocurrió preguntar si ese era un buen ejemplo de sacrificio ritual, ya que se empeñaba en hablar de sacrificios e inmortalidades.

Evidentemente, contestó Valderrama. Fue el hombre elegido por el poder para que su sacrificio permitiera la regeneración de la fe pública.

Se dice, le soltó Beatriz, mascullando algo que ya traía en mente para sorprenderlo. que usted era un asesor clave de aquel gabinete, de manera que algo sabrá que algunos ni siquiera intuyen.

Caramba, pues sí. Algo sé, respondió. Al presidente Salinas le gustaban los ritos simbólicos, y no sé si yo tuve algo que ver con alimentarle esa predisposición, aunque creo que así era desde antes. Conocía, conoce, el poder de los mitos, lo cual casi todos los demás políticos desdeñan y por lo mismo terminan sometiéndose a su poder, me refiero al de los mitos. En ello se encuentra el fundamento del poder del Innombrable —como ya empieza, por omisión, por contagio y temor, diría que sagrado, a llamársele—, el aciago convencimiento de que es impune, porque el mito que fundó su legitimidad se encuentra más allá de las leyes. Cuando comenzó su campaña presidencial, recordarán, lo hizo en Tlaxcala, precisamente la ciudad enemiga de los aztecas en tiempos de la Conquista. Así como su oponente intentaba, quizá de manera involuntaria, aunque no haya sido casual, fundar la legitimidad de su levantamiento en su identificación con Cuauhtémoc, el último Tlatoani del vasto imperio mexica. El innombrable, al igual que Cortés, inicia el tejido de sus alianzas políticas en aquella población, con lo cual anunciaba, predecía, su triunfo inevitable y la derrota de su oponente, aun si esto se diera por encima de cualquier derecho. La legitimidad emanada de una tradición anterior a las urnas, en el poder de los mitos. En esto basó su mandato.

Después vino la alianza con Diego Fernández para eliminar las boletas electorales que algún día exhibirían el fraude, la necesaria eliminación de Clouthier, el líder de la derecha (una derecha insólita la que encabezaba, es cierto), que tuvo el heroico mal gusto de respaldar con más vigor e inteligencia, la tímida protesta de Cárdenas del fraude electoral. Era más peligroso que el impávido Cuauhtémoc, a quien el mito le quedó grande. En cierto modo, se complementaban: uno tenía las masas; el otro, la estrategia. Y Cárdenas sin estrategia fue casi inofensivo e, incluso, manipulable. Salinas, ya en el poder, comenzó el ajuste de cuentas con la Quina, el poderoso jefe del sindicato petrolero. Después el desafortunado accidente, llamémosle así, de Clouthier, el TLC, el recuento es largo. A Colosio, su delfín, lo creó de la nada, y ese fue el propósito. De oscuro funcionario, lo hizo diputado, secretario de Estado, dirigente del partido y candidato a la presidencia. En suma, le creó un pasado y un porvenir. Como un golem del que podría disponer a su capricho, ese era el precio, y Colosio lo sabía, no hay que engañarse. No cometería el error de elegir a un Lázaro Cárdenas, como lo hizo Calles en su momento. Su intención no era otra que la de mantener el poder, aun después de muerto, como Huitzilopochtli. Comenzar por Colosio, su creación; pero su creación, como Adán, creyó en el libre albedrío. El libreto cambió y aún estamos resintiendo las consecuencias.

Y si fue su creación, no son creíbles las hipótesis de que el presidente lo mató, ¿verdad?, preguntó de nuevo Beatriz.

Al contrario, todo creador de un golem tiene derecho a destruirlo, por eso es su creador. El suicida blasfema en su propia ejecución, pues muere, dios mediante, cuando quiere y no cuando Dios decide, como decía la sabia Eduviges desde las catacumbas del México profundo. Pero el asesino dispone de la vida ajena suplantando a Dios mismo. Ese es su verdadero poder.

¿O sea que sí lo mandó matar?, insistió Beatriz, y agregó: ahí están las flores del mal.

Valderrama aspiró el cigarro. Si, el mal es el fruto de toda pasión intensa. Conozco la película que ustedes han visto, siguió, ciertos datos desconocidos y alguna perspicacia. Nada más.

Dígalos, puede confiar en nosotros, insistía la alumna, dueña de un insólito dominio sobre el discurrir del profesor.

Orestes rió en la penumbra.

Imaginen a un hombre, como cualquiera. El que será el visible asesino material del candidato presidencial; sin historia, sin futuro, sin atributos. Uno que garabatee un diario, a ver si un día puede ser escritor. Un hombre que se siente expulsado de su entorno, un exiliado en su propio cuerpo, y que cuando vendía libros de puerta en puerta tomaba cursos de holística y de superación personal. Le insistían en la idea de que debía ser alguien, y que él, confuso, pensaba si no lo era ya. Tal vez lo seas, pero no alguien importante, le reiteraban, que aparezca en los periódicos. Y él sólo podía escribir un diario y despreciar a sus padres y a sus amigos, porque nunca serían lo que él perseguía ser, aunque las tardes las dedicara a la geometría del billar: triangulaciones, bandas, el gis en el taco y el talco en las manos, los efectos en la planicie verde. Era la carrera presidencial. Colosio se empeñaba, como él, en ser alguien.

En el rito sexenal, para ser un verdadero presidente, hay que romper con el antecesor, es la regla de las tres bandas. Para nacer hay que sacrificar al otro, al que aún es, porque, si no, se sigue siendo ninguno. Eso lo comprendía Aburto, nuestro personaje, y Colosio; gemelos, en cierto modo.

El tema del hombre que busca a otro hombre, increpó desde el fondo Orestes, que es su gemelo y un elegido o la sombra del elegido.

Es cierto, alegó Valderrama, alzando la voz que se venía apagando, el elegido se siente también un borrador de alguien más, una sombra en busca de la luz que lo ilumine y después él ser la luz.

No sé por qué pensé oscuramente que Orestes, a su vez, se sentía un borrador de Valderrama, que Orestes buscaba en el profesor a un guía. Beatriz se revolvía en la penumbra y había puesto ya entonces sus pies en el asiento vacío de la primera fila, casi enfrente de la mirada del profesor.

Los cuatro formábamos una línea: Valderrama, Beatriz, yo y Orestes en el fondo, que movía el carrujo de arriba a abajo en la banca más apartada del salón, trazando un alfabeto que pensé premonitorio; pensé en esa línea y en la que formábamos, horizontal y vertical, una cruz que nos daba una secreta complicidad. A los lados, en la intimidad oscura; Alberto, indolente, pensaba en el reventón de esa noche con el dinero de papá; Rocío, nerviosa, nunca supo porque estaba allí; Marcia, con sus ojos azules, un poco desorbitados, maestra de una escuela primaria, hábil para dar buenos consejos; Mariana, extraviada, adorablemente insulsa; Ramiro, el iconoclasta, ‘Mamá, soy Paquito y sí haré travesuras’; Omar, con su eterna sonrisa burlona, más un efecto que una actitud, el ligador, por lo menos de Paola, la que necesitaba dos horas para maquillarse (sin los afeites era irreconocible) y otra más para ponerse los pantalones ajustados. Rocío preguntó acerca de los caligramas de Apollinare y el ajedrez, algo así. Valderrama se perdió en Averroes, Maimónides y Aristóteles, para hablar acerca del acertijo de las sesenta y cuatro casillas. El laberinto se hacía ajedrez. Quería que Mariana me escuchara, así que interrumpí a Valderrama, para que siguiera con lo de Aburto, a partir del ajedrez, del laberinto. Mariana sabía que era a ella a quien le hablaba, a sus ojos inocentes, sin pensar en nada; recordaba sus clichés, sus dientes perfectos y su hermosa lengua rosada. Era, aunque no estuviera. Pero fue Beatriz la que volteó a verme

El juego de Valderrama derivó en un antiguo ardid.

En el sur de México, argumentó, para atrapar al saragüato, un mono de carne muy apreciada, se le tienta con frutos dispuestos en el fondo de un jarrón sujeto al piso. El animal, estimulado por la vianda, mete la mano en el jarrón para

sacar la fruta. Cuando advierte la trampa, intenta escapar, pero como no suelta el fruto, no consigue sacar la mano por la boca del jarro, no puede huir sin soltar la prenda. Entonces se le atrapa. En ocasiones, se tiene que romper el jarrón para liberar al mono, pues ni aun capturado se convence de soltar el fruto prohibido. A Aburto lo contrata un intermediario de otro intermediario, probablemente intermediario de uno más, y así. Puede cambiar la historia de un tajo. Si mata a Colosio, lo sustituye: se recordará al asesino de Colosio como al mismo candidato inmolado, compartirán, juntos, el cielo y el infierno. La idea lo excita; su celebridad durará lo que resta de su vida, y más. Se le da un arma, que recibe con ansiedad. Se le instruye muy brevemente sobre su uso, se le explica el escenario; su premio, el altar de la patria (no importa si es apenas un pedestal), y algunas monedas, las treinta que exige la tradición. El país necesita cambiar. Sí, lo necesita, se repite; ayudaré al candidato a trascender su mediocridad; se hablará de él por lo que pudo hacer, por sus buenas intenciones. Además, el padre presidente necesita doblegar al hijo desobediente, a su creación, al golem que intenta tener vida propia, estropeando la de su creador. La coartada es eficaz. ¿Por qué habría de atentar el Presidente en contra de su propia creación? ¿Sólo porque quitar la vida es tan divino como darla? Aburto será un nuevo niño héroe envuelto en la bandera nacional ensangrentada: la historia está teñida de sangre, se le alecciona, y la historia la hacen los guerreros como él, un guerrero águila, un guerrero entre los guerreros, no adivina, como el saraguato, que la conspiración es la fruta señuelo, que es la fruta prohibida. Escribe compulsivamente en su diario acerca de su destino, dispuesto a hacer fluir el río de la sangre con el que se escribe la historia.

Habrà un doble que le permita salir con bien del escenario, se le dice, pero él, en silencio, sabe que quiere permanecer en el escenario, necesita ser culpable y redentor. Jesús necesitó de Judas; él, de Colosio. Es el juego de las duplicaciones que

se necesita en todo mito. El ajedrecista, en la cúspide del poder, monta en sus piezas sobre el tablero del altiplano de México. Habrá dos Aburtos en la escena, dos Colosios. La plaza del mitin en donde se condensarán los hechos es idónea: se llama Lomas Taurinas, el toro y el torero, la frontera de México con la potencia norteamericana, lo que habrá de dar relieve a la imagen. Colosio, simultáneamente, se convence cada vez más de su papel, de su propia conversión, salvará al país y modificará su porvenir mediocre; quemará las naves para alentar la rebelión desde adentro del Sistema. Aburto se acerca a su doble al término del mitin, con dificultad, así lo marca el guión, porque la multitud rodea al candidato. Se acerca, a unos pasos, saca el arma, y en eso el guardia personal de Colosio se le adelanta y en un preciso movimiento de su muñeca derecha, sin ver su objetivo, pero cierto de su ubicación, dispara en la sien del candidato. Disparo mortal. En un instante parece escapársele la gloria a Aburto, será atrapado con la pistola en la mano, será chivo expiatorio, lo entiende en una fracción de segundo, quiere sacar la mano del jarrón. Se ve a sí mismo caer en el cuerpo de Colosio, con la cabeza despedazada, aún vivo, a pesar de todo, dispara entonces sobre el vientre y lo hace virar en la caída. Los dos disparos también eran necesarios. Colosio ha sido inmolado. El guión prosigue. El custodio tira el arma criminal y se abalanza sobre el segundo tirador. Aburto no iba a permitirle a nadie quitarle la gloria, la de guerrero águila. Las dos armas y los dos disparos, los exegetas indagarán en el misterio. Aburto, como sus cómplices, aceptará la tesis del asesino solitario, la requiere, para hacer de su alma Espíritu.

La literatura, sabemos, sustituye la realidad. Nadie ha querido pensar en Aburto como el segundo disparador, a pesar de la grabación que se conoce; falta de imaginación. El video probará lo que se desea probar: eso excita al ajedrecista, al mitómano: la convicción de que ninguna prueba es suficiente, ni siquiera una grabación, desde entonces, el ajedrecista se convertirá en el genio de las grabaciones de

asesinatos impunes, seriales. Aburto siempre mentirá pues no consigue soltar el fruto, aunque su mano no pase por el orificio del jarrón. Aunque soltar el fruto sea la salida del laberinto. Si Aburto confiesa la verdad (¿cuál es la verdad verdadera?), será un pobre títere; no importará la cárcel, sino la mano atrapada en el orificio. El ojo de Dios es el cañón de un arma, la boca de un jarrón, la mirilla de una cámara de video, la cavidad por la cual somos arrojados al mundo o tal vez los labios de una mujer que se abren, suaves, en nuestra memoria.

En eso viene la luz, nos deslumbra. El resplandor enmudece a un Valderrama con la mirada absorta. Alcanzo a ver las piernas abiertas y desnudas de Beatriz, elevadas en el respaldo del mesa-banco de la primera fila despoblada. Su mano izquierda posada y penetrándose el sexo y con la otra dibujando en su libreta un mono –lo vi después– con la mano metida en un jarrón, y la mirada en el rostro de Valderrama. El ojo de Dios, el verdadero. Entonces conocí a Beatriz, de perfil. Beatitud y éxtasis en el semblante. La vi con los ojos de Orestes y él la vio, al fin, con mis ojos, con los mismos ojos la mirábamos. Valderrama se asomaba con deleite al orificio divino, por el que venimos al mundo y lo vemos por vez primera. En eso, perturbado, el profesor habló de atender un dolor de muelas y se retiró. Comencé a frecuentar a Beatriz y a alejarme de Orestes, tenía que elegir. Beatriz y yo vivimos algunos años juntos. Ahora recuerdo su rostro aquél, el único. A Orestes no lo he vuelto a ver, pero conozco el mito y la necesidad que tiene el universo de las simetrías.